



LA ISLA DE HONG-KONG EN CHINA.

La isla de Hong-Kong cedida á la Inglaterra á consecuencia del tratado estipulado entre la reina de la Gran-Bretaña y el emperador del celeste imperio, está situada á la embocadura del rio de Canton, á la distancia de unos 154 kilómetros de la población del mismo nombre y á 52 kilómetros de Macao; su longitud es de 11 kilómetros y su anchura varía desde 3 hasta 7 kilómetros. La isla vista desde cierta distancia, presenta un aspecto poco agradable, pero al acercarse á ella, se ven fértiles terrenos y numerosos rios. Su nombre, derivado de palabras chinas que significan torrente rojo, alude al color de la tierra, por la cual corre un riachuelo que se arroja en la rada formando una cascada vistosa. La rada es magnífica, su profundidad es tanta y de tal igualdad, que un navío de 74 cañones puede andar á la distancia de un cable de la costa.

Al norte de la isla, cerca de la costa, se extiende una cordillera de montañas cuya mayor altura es de 150 metros sobre el nivel del mar. Estas montañas desiertas é incultas están formadas de masas enormes de granito, interrumpidas tan solo en escasos trechos por algunos prados y arbustos; se inclinan cuasi todas hácia el mar y apenas dejan espacio suficiente en sus bases para construir algunas habitaciones.

Al mediodía de la isla hay algunas bahías bastante grandes, particularmente dos designadas con los nombres de Ty-tam y de Churpie-ivan. Los ingleses han colocado un destacamento ó avanzada militar en la playa de la primera de estas bahías y fundarán en ella, sin duda, algun establecimiento importante; la segunda presenta un local al abrigo de los vientos y muy favorable para establecer un estenso astillero.

Una península bastante estensa, sembrada de aldeas chinas, se extiende hácia el sur desde la población de Clow-loon; el terreno de ella es muy fértil, y hay muchos abetos corpulentos.

En la costa oriental de la isla, que dá frente al continente, hay valles pequeños y angostos, cultivados con el minucioso esmero

y la paciencia inalterable del agricultor chino. El valle principal no tiene mas que una entrada muy estrecha hácia el lado del mar, obstruida por una roca inmensa que ha rodado de las montañas inmediatas, pero de la que, gracias á la industria, se ha sacado un partido ventajoso; en su parte superior se ha abierto á pico un estanque que recoge el agua de las referidas montañas por medio de conductos de bambú y se distribuye por el mismo mecanismo en el valle.

Este valle es el mas poblado, pintoresco y frondoso de la isla. Si los ingleses no se ven obligados por alguna revolución á abandonar la isla, antes de pocos años se verán al lado de los estrambóticos edificios chinos, con sus tejados azules y adornos con dragones y delfines, cómodas y elegantes casas de campo inglesas.

Exceptuando la parte de la costa en que está situada Clow-loon, el clima de Hong-Kong es generalmente demasiado húmedo; pero es posible mejorarle.

Bajo el punto de vista militar, la isla de Hong-Kong es una prolongación de la línea de bastillas marítimas con que los ingleses van rodeando los mares. Con una escuadra estacionada principalmente en la bahía, esperan poder dominar todo el comercio de la China, y vigilar al mismo tiempo las islas Filipinas y las del Japon. Los establecimientos militares de Singapor y de Hong-Kong colocan la navegación de los mares de la China bajo la inspección inmediata de la Inglaterra.

La apreciable literata francesa madame Amelie Richard, ha tenido la galantería de dirigirnos el artículo critico que ha escrito sobre el *Paralelo de Safo y Santa Teresa de Jesus*.

La dama francesa, herida en su orgullo nacional, se queja de que no hallemos otra rival digna de Safo que Santa Teresa, habiendo en

23 DE JUNIO DE 1850.



su concepto tantos nombres ilustres cuyo mérito literario escede al de nuestra Santa.

Nosotros, sintiendo ser de tan diversa opinion respecto á Santa Teresa y á las poetisas de Francia, hemos traducido, no obstante, el artículo de madame Amelie Richard con todo el esmero posible, para que luzca su talento, y nos proponemos contestar en el mismo número.

#### Sobre el Paralelo de Safo y Santa Teresa.

Es defecto de españoles no hablar con justicia de los extranjeros. — Los criticos españoles se forman un mundo aparte, y si hablan de su teatro, dicen que es el primero. — Si hablan de sus liricos, nunca son los segundos. — Perezosos para estudiar, no conocen los nombres sino por tradicion. — Sus anteojos literarios no alcanzan mas acá de nuestros Pirineos. — Por eso no nos ha mancillado ver á una poetisa española contemporánea, aludir con irreflexion á las de Francia, que *llevaron el mundo con el eco de su fama*, y que al parecer ha estudiado poco cuando no las cree dignas de ser comparadas con la monja española. — La obra que anuncia de los *Génios Gemelos*, cuyo primer paralelo ha fijado nuestra atencion, es, lo confesamos, un pensamiento original y bello. El desempeño del primer paralelo, notable por su rica poesia, seria excelente si su autora no lo hubiese escrito preocupada con la supremacia de su compatriota.

No desdeñamos seguramente el mérito de una muger, que como santa Teresa, escribió sin educacion literaria. — Sus obras son en Francia estimadissimas. — Pero es posible que ni madama Cotin, ni madame Deshouliers, ni Mlle. Estael, ni otro gran número de francesas ilustres, hayan podido merecer la comparacion con Safo? — ¡Oh que injusticia!

La doncella española ha debido esperar á que madurase su juicio critico para escribir este paralelo. — Ha debido estudiar antes á nuestras escritoras, y fijarse muy principalmente en la poesia de madame Deshouliers, adoptada en Francia para esplicar los principios de literatura.

He aquí lo que dice Mr. Batleux, de la academia francesa, hablando de madame Deshouliers. — De madame Deshouliers celebridad europea.

«Madame Deshouliers no cede á nadie en el género de que hablamos (los Idilios). Sus obras tienen ese fondo de dulzura y de madurez que recomienda Horacio, y una y otra en un grado esquisito. Con un arte admirable posee el secreto de expresar los sentimientos mas delicados. Tan sencilla como Teócrita, tan delicada como Virgilio, tan espiritual como Byron, ha hecho de todas estas cualidades una dichosa mezcla.»

Esto dice el respetabilísimo académico de nuestra célebre literata, y despues cita dos de sus idilios, cuya perfeccion demuestra cuán inteligente era en las combinaciones del arte y qué correcto llegó á ser su estilo.

Citaremos uno. El mas débil, para suavizar la rudeza de nuestro ataque á los que desconocen nuestra poesia nacional.

#### LE RUISSÉAU.

Ruisseau : nous paraissions avoir un même sort:  
D'un cours précipité nous allons l'un et l'autre,  
Vous à la mer, nous à la mort.  
Mais, hélas! que d'ailleurs je vois peu de rapport  
Entre votre course et la nôtre.  
Vous vous abandonnez sans remords, sans terreurs  
A votre pente naturelle,  
Point de loi parmi vous ne la rend criminelle.

No sé, — pero digo ingenuamente que estos versos me parecen mejores que aquellos de

«Muero porque no muero»

de la monja española.

Y he citado á madame Deshouliers porque conozco la aficion de los españoles á los consonantes. — Otras poetisas pudiera citar. — Es verdad que no tienen ni la filosofia ni el gusto de madame Deshouliers. — Madame Deshouliers, lo repetimos, es un modelo. — ¿Y Luisa Labé que nuestra joven poetisa española no conoce? A Luisa Labé, escritora de últimos del siglo XVI, se debe la sola comedia de su siglo, escrita en griego, cuyas formas clásicas, cuyas partes armoniosas, cuyo conjunto la hagan digna de ser comparada á las comedias griegas. — Un estudio profundo, un conocimiento exacto de los autores griegos y latinos, la hizo adquirir estas ventajas sobre sus contemporáneas *Clemencia de Bourges* y *Pernet Guillet*. A Luisa Labé la

eran familiares las lenguas doctas. — ¡Qué gusto antiguo tiene su oda á Venus!

Luisa Labé ha sido injustamente olvidada en Francia. — Luisa Labé superior á todos los poetas del reinado de Francisco II!

Si quisiéramos recorrer por otra parte la galeria de mugeres distinguidas, pronto hallaríamos tambien la noble fisonomia de madame de Montespan.

«Madame, — decia el inmortal Racine en una carta dirigida á esta, — mas estudio en vuestros pensamientos que en los libros.»

¿Y quién duda que las cartas de madame la Valiere son una obra sublime?

Los escritos de madame Motteville, á pesar de lo alterados que se presentan por las diferentes ediciones que de ellos se han hecho, están nutridos de esa sabia que presta á los pensamientos mas sencillos la sensibilidad esquisita de la muger.

Pero seria eterno recorrer la lista de nuestras celebridades. — Solo añadiré, que un rayo de luz de madame Estael, eclipsa la gloria de estas que hemos citado.

¡Madame Estael! — ¿Ha estudiado sus obras la autora de los *Génios Gemelos*?

Es estudio grave.

— Confesémoslo. — España no es la que puede hablar alto en cuestiones de saber. — Como dice uno de nuestros concienzudos escritores, «la España vegetaba hasta que la mano de Napoleon gravitando de repente sobre la península, la dió movimiento.»

— Su civilizacion no ha llegado aun á aquel grado que se necesita para producir grandes literatas.

Yo admiro á las españolas por sus rostros graciosos.

Pero las mugeres célebres pertenecen á la Francia.

Francia tiene un ejército de literatas.

MADAME AMELIE RICHARD.

París 15 de mayo de 1850.

#### Contestacion á Madame Amelie Richard.

Sin darnos por ofendidas de las alusiones punzantes que madame Richard dirige á nuestra falta de saber, empezamos preguntando á madame Richard: ¿por qué acusa á los españoles de ser injustos con los franceses? ¿De no estimar su literatura? ¿Es porque de nuestras librerías se han arrojado los libros españoles, para ocupar los estantes con las novelas de Soulié, de Janin, de Balzac, de Sue y de Dumas? ¿Es porque en nuestros teatros se representan los pedazos de estas novelas? ¿Es porque leemos á *Martin el Espósito*, y aplaudimos la *Monja Alferéz*? ¿Es porque sufrimos las cartas de Dumas, en que pinta á nuestros Nobles como *Bandoleros* y á nuestras Damas como *Manolas*? ¿Es porque nuestro delirio por la literatura francesa esteriliza la facultad de los ingenios españoles, y los obliga á traducir las malas obras francesas para ser atendidos de los editores y leídos del público? ¡Ah! ¡ojala que nuestros anteojos literarios no alcansáran mas allá de los Pirineos! Así fijaríamos la vista en nuestra literatura nacional, y estudiaríamos á Cervantes, á Quevedo, á Mariana, á Santa Teresa, cuya alabanza de nuestra boca humilde ha irritado á madame Richard.

No hay razon para ello. La alabanza que hemos tributado á Santa Teresa, es débil. Santa Teresa merece mas. Santa Teresa y Safo son las primeras *Poetisas* del mundo, y merecian ser elogiadas por el primer critico de la Francia, por madame Estael...

¡Oh madame Estael!

¿Y por qué no hemos comparado á madame Estael con Teresa ó con Safo? pregunta madame Richard.

Vamos á decirlo.

Porque un hombre no puede ser comparado sino con otro hombre. Porque un poeta grave, un filósofo profundo, un político eminente, un erudito, un sábio, en fin, no pueden ser comparados con una poetisa. Porque las cualidades de sus talentos son diferentes. — Porque son opuestas.

Entremos en el fondo de la cuestion.

La *Literata* no es la *Poetisa*. La *Poetisa* no es la *Sábia*.

La facultad poética es un talento innato. Rudo como el de Ossian, que cantaba en los bosques á la llama de un tronco de encina; cultivado como el de Lord Byron que escribia desde el fondo de la butaca, el talento poético se robustece ó se debilita en la instruccion segun su indole, pero no se adquiere.

En España no hay educacion literaria para las mugeres. Madame Richard lo confiesa hablando de nuestra Santa.

Teresa de Jesus ha escrito por *genio* por *inspiracion*, Teresa de Jesus es *Poetisa*.

La literatura es un arte. Se aprende á escribir prosa, se aprende á versificar, se pueden componer libros sin ser poeta.



Madame Richard lo ha dicho hablando de madame Deshouliers.  
«Su conocimiento en el arte era profundo.»

En Francia hay educación literaria para las mujeres. La mayor parte de las francesas son *Literatas*: son muy pocas las *poetisas*.

Allí donde la *inspiración* brota espontáneamente y se abre paso á través de la ignorancia, allí está el *gênio*, allí está la *Poetisa*, allí está *Santa Teresa*. Allí donde el estudio ha cultivado el talento, fecundado las ideas, allí está el *Arte*, allí está la *Literata*, allí está madame Deshouliers. Allí donde el *gênio*, la *inspiración* y el *talento* se han apoderado del arte y de las ciencias, allí está el *Sábio*, allí está madame Estael.

Solo una *Poetisa inspirada* improvisa como Santa Teresa, los *Conceptos del amor de Dios*.

Solo una *Literata esclarecida* produce como madame Deshouliers *Idilios tan correctos*.

Solo un *Sábio* escribe como madame Estael sobre la *Alemania*.

En cuanto á madame Cotin es menos *Poetisa* que madame Deshouliers, y las demás literatas francesas menos *Poetisas* que madame Cotin.

De *Luisa Labé* dice madame Richard que «su nombre está olvidado en Francia.» Si su patria la olvida ¿cómo quiere madame Richard que nosotros la recordemos? Pero ya que su cita viene en apoyo de nuestra opinión, coloquemos á Luisa Labé, que escribía comedias en griego, al lado de las *Literatas mas Eruditas*.

Un escritor tiene la Francia, que en nuestro concepto, es mas *poetisa* que madame Cotin y madame Deshouliers y Luisa Labé. Jorge-Sand.

Jorge-Sand tiene pretensiones de parecer hombre como madame Estael las tenía de parecer mujer. ¡Hombre Jorge-Sand! El autor de la *Valentina* y de *Consuelo*! Una inteligencia tan fina, tan apasionada, tan entusiasta, tan tierna! ¡Unas ideas tan femeniles, un nûmen poético tan ardiente y delicado! *Muger* madame Estael! ¡Un *gênio* tan vasto, tan analítico, tan matemático! ¡Una razón tan fría, tan varonil!... Mas parece muger Mr. de Lamartine en el *Adios* que dá á la *Francia* al embarcarse para Oriente, que madame Estael en el *Adios* que dá á sus hijos al huir desterrada á Suiza. Mr. de Lamartine se acuerda de los árboles de su huerto, madame Estael de la política de Inglaterra.

Si alguna poetisa francesa puede compararse con Safo, es solo Jorge-Sand. Y debió haberlo hecho madame Richard, ya que tanto la ha gustado la idea del *gemelismo*. Así hubiera ilustrado nuestra ignorancia, mejor que calumniando á los españoles de haber vegetado hasta que nació *Napoleon*.

Es verdad que la mano de *Napoleon*, gravitando de repente sobre la península, imprimió un movimiento á España que produjo el terremoto del *Dos de Mayo*, donde se hundió la planta de *Napoleon*; pero esto fué en lo político. En lo literario ya primero se habían movido las inmortales ruedas de Calderon y de Cervantes, para pasear por toda Europa el carro triunfal de nuestra literatura.

Esto hicieron los ingenios españoles. Por lo que hace á las españolas, no ambicionamos ejércitos de Literatas; nos basta con haber tenido una *Poetisa* mas inspirada que las francesas, y que esa haya sido Santa.

CAROLINA CORONADO.

Badajoz 6 de junio de 1830.

## TIPOS PROVERBIALES DE ESPAÑA.

### LA CASA DE TOCAME-ROQUE.

#### INQUILINOS.

EL DE ENE.  
EL DE MARRAS.  
EL OTRO.  
EL P. COVOS.  
PERO GRULLO.  
JUAN LANAS.  
PEDRO BOTERO.  
LA MARIMORENA.  
JUAN DE LAS YÍNAS.  
JUAN PORTAL.  
EL TONTO DE COBIA.  
EL TIO LILAILA.  
GRIBAS.

VILLADIEGO.  
EL TIO PERANTULES.  
EL REY QUE RABIO.  
CALAINOS.  
LA TIA MARIZAPALOS.  
MARIQUITA LA PELONA.  
PERICO EL DE LOS PALOTES.  
LA TIA CANDONGA.  
PERIQUITO ENTRE ELLAS.  
JUAN FERNANDEZ.  
LA TIA PENANGA.  
LA BABICORTONA.

El reloj del Buen-Suceso señalaba las ocho de la noche, y las melancólicas vibraciones de su campana eran interrumpidas por un murmullo prolongado que se parecía á la agitada respiración de la Puerta del Sol. Cuando el invierno sacude sobre Madrid la blanca cabellera de Guadarrama, los habitantes de la coronada villa no andan, no

corren por sus aceras, sino que se deslizan como sombras. Tienen algo del lagarto en los pies: suben y bajan por los planos inclinados con la mayor velocidad. El frío, ese duende obstinado y malicioso que despierta á los médicos en alta noche en nombre de una pulmonía aguda, hace del hombre un ser ambiguo entre mono y pájaro. El habitante de Madrid, durante las noches de invierno, no pasea, salta; no habla, gesticula; no escucha, adivina. Cuando vá solo, tampoco salta, vuela;—volvemos á decirlo—vuela como las alondras sobre el tomillo, vuela á grandes plazos. Es una falsificación humana con dos zancos cubiertos con un pantalon corinto que terminan en un sombrero ladeado. La cintura, las manos, la barba, la cara, son objetos para ser vistos en las noches de verano: durante el invierno los sacos, las mangas locas, y las pieles de chinchilla suprimen hasta las habitaciones estas particularidades del cuerpo humano.

La inmovilidad en la Puerta del Sol es un contrasentido.... Hasta los puestos de los fosforeros varían de posición según se acerca la hora de entrada en los teatros ó de salida en los cafés. Los cesantes conjuran el frío detrás del mostrador de una tienda ó de los cristales de un café, con el estoicismo de la desgracia aceptada como un nuevo merecimiento: lo alejan con un cigarro, y lo rechazan con la aproximación de diez semblantes, cuyos lábios exhalan bocanadas de calor mezcladas con principios de política nacional.—Diez bocas hablando de política en el pequeño círculo de un corrillo equivalen á una estufa.

En la noche á que llevamos la atención de nuestros lectores distinguimos en medio de la Puerta del Sol un desconocido envuelto en su capa, con el reposo y la inmovilidad de una estatua. Acercámonos á él, instigados por la curiosidad, y sorprendimos en su fisonomía una mirada investigadora.—Es un inglés, murmuramos; y volviamos á seguir por la calle de Alcalá, cuando pasaron dos jóvenes por delante de ambos, diciéndose mutuamente:

—Mañana á las siete en las tapias del cementerio de Fuencarral.

—Ahora lo veredes—dijo el desconocido á media voz.

—¿Los conoceis?—le preguntamos para reconocerle mejor.

—Son dos locos: se batirán por una muger.

—Tal vez á muerte....

—Ahora lo veredes.

—Será á pistola.

—O... á café!

—No os comprendo.

—Ahora lo veredes.

—La policía evitará.....

—Que se sepa, pero no que se haga.

—¿Quién sabe!

—Ahora lo veredes.

—Os habia tomado por un inglés, pero ahora me pareceis Agra-  
ges.....

—Ni lo uno ni lo otro. Yo os conozco y vos no me conoceis. Sois periodista, escritor ó literato, cualquiera de esos nombres que representan entre nosotros al hombre de letras, y vos me tomáis por Agraes. Voy á revelaros mi nombre y á esplicaros mi vida. Despues me hareis justicia. Me llaman *el de Ene*: vivo en la casa de *Tócame-Roque*, ó mejor sea dicho, duermo en esta morada, porque vivo en la calle. Soy el primer guarismo con que se forma aquella suma tan grata para los empresarios de teatros cuando se llama *pueblo*. Soy el hombre-calendario. Hace cincuenta años que asisto á una misa de hora en Santo Tomás, y que ocupo el mismo número de grada en la plaza de toros. A una hora señalada paso por una calle durante veinte ó treinta años, y al cruzar por su acera siempre ha de tener lugar algun suceso. El carro que coje á un niño, el ratero que se guarda un pañuelo contra la voluntad de su dueño, una riña de aguadores, un albañil que cae de un andamio, un caballo que se desboca, un entierro que pasa, un tiesto que cae de un balcón, la visita de cárceles, el desfile de la parada, todo lo veo, todo lo presencio, todo lo observo. No soy individuo de ninguna sacramental, y lo parezco en todas las iglesias: el sacristan me halla durante las *minervas* ó el primero ó el último, siempre formando ó concluyendo el gentío. En los aniversarios presencio el arreglo del catafalco, ó la primera misa de la madrugada. En la puerta de San Pedro tropiezo con dos novios que van á recibir la bendición matrimonial; en la calle de Colon encaro con el capitán general de Madrid que vá á pasar una revista de cuarteles, y en la puerta de Atocha me desvío para que no me atropelle el caballo de un posta, del cual aun no tiene noticia el mismo gobierno. Si llevo á un pésame, he de subir la escalera cuando la baja ó se la hacen bajar al difunto; si voy á dar días, he de entrar en la sala cuando sale la señora del gabinete ya vestida por la doncella; si *hago pie* en el tresillo, he de sentarme cuando se acaba de poner una puesta, y he de llevarla cuando *le estaba dando* con fortuna al que tiene que *darme la*



mano... ¿Saludo á un amigo? ¿Paso á la acera de enfrente para oprimir su mano amistosamente? En este momento iba á cruzar hacia donde yo venia para ver á un agente de negocios que le interesaba hablar antes de perderlo de vista. ¿Vuelvo la esquina de una calle? Encuentro á la bella Marcelina que desea llegar á la iglesia de Santiago, donde la espera su amante. Soy amigo de la casa, y la acompaño á la iglesia, á una tienda de blondas, al despacho de su padrino, al pasaje de la villa de Madrid... á todas partes. El amante se desespera, y la joven se inquieta, porque no se hablan á la salida de la misa como se habian prometido desde la víspera.

—Ahora recuerdo—le interrumpimos—que cada uno de nosotros tiene en esta vida su testigo providencial, su estorbo, su paréntesis misto de acreedor y espía, personaje misterioso entre observador y convidado de piedra... verdadero parásito de las calles.

—Ahí estoy yo... uno de esos polizontes de la providencia... el de siempre... *el de Ene*. Si el frío no hubiese entumecido mis pies helados, os revelaríais los misterios de mi existencia. Me retiro; voy á mi casa.

—Os acompañaré.

—Enhorabuena... No creais que la casa de *Tócame-Roque* es el hospedaje de los ratos y de los truanes. Os equivocais. Allí vereis la armería viviente de los siglos pasados: es una nación bajo el techo de una casa.

Dominados por el carácter original y aventurero de esta visita nocturna á la flor y nata de las casas domingueras de Madrid, á la casa de *Tócame-Roque*, ofrecemos nuestro brazo al desconocido, y tomamos por una de las aceras de la calle de Alcalá.

Llegamos á la plaza del Rey, y la proverbial animación de la Puerta del Sol fué reemplazada por un sepulcral silencio. Entramos en la calle del Barquillo, y largos paredones se levantaban como las tapias de un cementerio. Los faroles colocados de trecho en trecho, bajo la penumbra de una noche oscura, parecían una hilera de hachas mortuorias. Preocupada nuestra imaginación con los diversos pensamientos á que daba lugar la representación fantástica de aquella hilera paralela de luces simétricas, nuestro *Cicerone* nos oprimió el brazo diciendo:

—Aquí tenéis la casa de *Tócame-Roque*.

Levantamos los ojos, y en el fondo oscuro de una puerta angosta y desigual distinguimos algunos rayos de luz vacilante que salía de las rendijas de los cuartos, como los fuegos fátuos de un pantano.

De pronto una confusa gritería rodó por el pavimento del portal como la explosión de un pistoletazo.

—Bien, perfectamente—esclamó nuestro acompañante—encontramos la casa revuelta.

—¿Corremos riesgo?

—Adelante.

Y al pronunciar estas palabras salió de lo interior del patio una mujer de pequeña estatura, pálida, desmelenada, sacudiendo los brazos con mal disimulado enojo y golpeando el suelo con los pies.

Ocultámonos en la sombra, y aquella fantasma, alumbrada por la claridad que salía de su habitación entreabierta, llamó á todas las puertas, subió y bajó las escaleras, porfió con los unos y riñó con los otros, volviendo á su habitación con aire risueño y orgulloso, y escurriéndose entre las diversas personas que habian salido de sus cuartos, como una comadreja perseguida.

—¿Travesuras tuyas!

—¿Muger original!

—Es una viuda histérica—repuso nuestro *Cicerone*.—Padece jaqueca en invierno y tercianas en verano. Es menester hablarle siempre de su mal... sobre todo permitirle que riña. Para su carácter la riña es una especie de espectación: es su tos, su desahogo.

—¿Cómo se llama?

—La *Marimorena*. Observad á la derecha... ¿No veis un hombre que atraviesa el patio con sigilosa magestad?... Ese es mi hermano.

—¿Vuestro hermano!

—Sí; el hombre-souvenir: el hombre de ayer, nunca de hoy. Es la autoridad de lo que sucedió... personaje filosóficamente visible y materialmente invisible en todos los acontecimientos públicos y privados. Hijo de aquel anciano que con la cabeza inclinada al suelo y el brazo apoyado en la manga de aquel Padre, sube ahora por la escalera; es una especie de anteojo humano... vé desde lejos. Me explicaré. ¿Observásteis cómo no salió de su habitación hasta que la *Marimorena* se retiró á la suya? Pues bien: dentro de algunas horas recorrerá los cuartos de la vecindad, y será el primero que revele algunas circunstancias ó repita algunas palabras que habian pasado desapercibidas para los demás. Todo lo explica. Yo frecuento los espectáculos: él los observa; y véalos ú obsérvelos, él los juzga. Viene despues nuestro padre y aplica una sentencia, una máxima, un refrán, un proverbio. De esta manera cuando se habla de un suceso dudoso y de un acontecimiento increíble, todos responden de su

existencia porque hubo un mortal que lo observó. Lo dijo él, y es menester creerle. Se preguntan despues unos á otros: ¿dónde aconteció? ¿cómo sucedió? ¿quién lo vió?... ¿Y quién habia de ser!... *el de Marras*. Y todos callan.

—Abusarán tambien de su nombre...

—Entonces viene nuestro Padre, y con un proverbio, un equivoco, una sonrisa, llega en auxilio de una idea mal recibida ó de un suceso desgraciado. Nuestro Padre tiene por esta circunstancia un nombre... de relacion.

—Se llama...

—*El Otro*. Está ó aquel pueden equivocarse; pero el de mas allá, el que está lejos, el que nadie vé, el que no habla con nadie, la sombra del suceso... *el Otro*... ese es infalible. La filosofía tiene *el Otro*; la observación *el de Marras*; la casualidad *el de Ene*. Nuestro Padre es el hombre-refranes. Una palabra, una mirada, una ambigüedad suya, son recogidas y aplicadas por los vecinos, mañana, pasado mañana... cualquiera día. ¿Se casan dos amantes?... Como dijo *el Otro*, ¡ello habrá de ser! ¿Se encuentran dos vecinos reñidos por un desaire? Como dijo *el Otro* ¡quién sabe! Con el tiempo maduran las uvas. ¿Hay eclipses de sol?... Como dijo *el Otro*—esclaman los vecinos asomados á las ventanas—el que está arriba todo lo puede. Algunas veces—para haceros ver la autoridad de sus palabras—terminan los inquilinos de esta casa un duelo ó una boda diciendo: «como dijo *el Otro*...» y aunque nada se repite, todos se convencen de la razon de un presagio alegre ó triste, porque aunque no se dice lo que dijo *el Otro*, éste nunca debió decir una simpleza.

—Y el Padre que le acompaña será tal vez su consejero.

—Mejor diriais su rival. Es el *Padre Covos*: el observador malicioso y zumbon de la vecindad. Pesado y rebuscador, tarda ocho dias para soltar una gracia que no es suya. Hace largas visitas, registra las habitaciones, husmea los secretos de familia, y descubre los quebrantos de los demás. Es el egoista á los cincuenta años: indolente, gloton, avaro. Mira á las personas como un anticuario á sus monedas: con las cejas fruncidas y los labios prolongados. Despues de sus tiempos todo merece su censura. Dice una gracia en un duelo, y pronuncia un sermón en una comida de campo. Goza con aguar la agena satisfacción, y cree una vulgaridad, cree que nadie le conoce cuando la vecindad ya llama á la imprudencia indirecta del *Padre Covos*. Considerad cuál podrá ser el aprecio y la estimación que tiene entre los inquilinos de esta casa, cuando el mismo *Pedro Botero* varió de habitación por no vivir á su lado.

—Entonces *Pedro Botero* será el vice-versa del *Padre Covos*.

—Debían vivir pared por medio. Se parecen en el color, pero se distinguen en las líneas. Cuando el *Padre Covos* vá de lado, *Pedro Botero* cruza por enfrente. El primero se parece á la culebra porque se adelanta rastreándose sobre el suelo: el segundo se asemeja al javalí porque marcha en línea recta sin que nadie pueda pararlo en su carrera. *Pedro Botero* es el perdona-vidas de la casa. Embustero y trapalón, hay que creerle bajo su palabra, y se le debe dejar la derecha en la escalera, aunque baje en camisa, trage que no puede reclamar la consideración de sus vecinos. A juzgar por lo que habla, se cuenta con él para todo, cuando nadie se acuerda de él; se temen sus revelaciones cuando nada sabe, y se respetan sus presagios cuando sobre nada reflexiona. Se levanta temprano y se acuesta tarde. Vive hablando de sí y de sus enemigos. Por lo regular tiene, según él, muchos enemigos cuando ni aun cuenta con amigos... Solo puede tener indiferentes, y se apropia entonces una numerosa clientela. Habla de todo, comenzando de esta suerte: ¡si yo fuera!... ¡si yo estuviera en lugar de!... Es el D. Quijote de la vecindad: en sus célebres calderas bien puede cocer nabos de Fuencarral y palominos de la plazuela de San Ildefonso... Ahora bien: ya conocéis algunos inquilinos de la casa; subid conmigo y observareis despues el vecino mas original y sorprendente que podeis representaros en la imaginación.

Subimos la escalera principal y encaramos con una puerta cuya cerradura permitia reflejar en la pared de enfrente un boton de oro esmaltado por la luz que salía por el ojo de la Hava. Aplicamos el semblante á la cerradura, y distinguimos un personaje escuálido, macilento, de ojos hundidos y prolíja barba, sin movimiento en las pupilas ni articulación en las manos. Vestía un holgado capisayo de lienzo, corona de laurel en la cabeza, y calzaba sandalias.

—¿Es un comediante?

—Es *el Rey que rabió*.

—Entonces será el primer rey constitucional.

—Observad á su derecha...

—¡Oiga!... á juzgar por su trage y su apostura parece hermano del *Rey que rabió*.

—Es su amanuense, su secretario particular; es *Calainos*; es el hombre-crónica. Vive en todos los siglos menos en el presente. Presenció el diluvio, dirigió la inscripción del obelisco de Luxor; Lon-



gino y él disputaron en Egipto sobre el tratado de lo sublime; se hartó de dátiles en las costas de Africa en compañía de la reina Dido; tuvo en las manos la loba disecada que dió de mamar á Rómulo y Remo; conserva la primera muela que le cayó al emperador Augusto después de cerrar el templo de Jano; fué escribiente de Ataulfo; condiscípulo de San Isidoro, maestro de Alonso X, consejero de Cristóbal Colon, revisador de las cuentas del Gran Capitán... De Napoleón no refiere ningún acontecimiento... porque aun no cree en su existencia, porque aun no llegó á él... Por ahora está apostado en la era MCCCCLXVIII (1).

— Será inmortal.

— Lo fué, porque Calainos no existe. Su vida es una cosa pasada: es un ser privilegiado que solo vé lo que aconteció. Así, pues, no tiene un libro, un pergamino, un monumento, un relieve, una medalla: su historia no es escrita ni es hablada; es una historia suya, propia, original, exclusiva: una historia soñada. La vecindad se rie con sus relaciones, y ha dado en llamar á todo lo irrealizable é inverosímil las coplas de Calainos.

— Siento pasos, y no estaremos muy seguros de que atraviesen el corredor sin descubrirnos.

— ¡Bah!... son *Pero Grullo*, *Juan Portal*, *Juan Lanas*, *Juan Fernandez* y *Juan de las Viñas*: los amigos inseparables de la vecindad. Cada cual se cree dichoso con la consideración que se merece entre los inquilinos de esta casa: *Pero Grullo* como filósofo, *Juan Portal* como amigo, *Juan Lanas* como marido, *Juan Fernandez* como amante, y *Juan de las Viñas* como particular. Si *Pero Grullo* dice una trivialidad, *Juan Fernandez* toma una mirada de *Mariquita la Pelona* por la sincera y pura expansión del amor. Al encontrar *Juan Lanas* en su casa el sombrero de Villadiego, no se imagina que toma una de las suyas, temeroso de ser sorprendido al lado de su muger, sino que cree en una nueva gracia de su provocativa jovialidad. *Juan Portal* es, según la vecindad, un hombre que no le vá ni le viene en nada. Es amigo de todos porque es un viviente que se encoge de hombros á tirios y troyanos. Los sentimientos humanos son distracciones para él: la ingratitud, la repulsa, el desprecio no existen, no pueden existir; porque no representan para él ningún objeto conocido. Solo cree en las debilidades humanas cuando acaba de escuchar algunas máximas y sentencias de *Pero Grullo*; pero aun así comienza y acaba las conversaciones con el *quién sabe*. *Juan de las Viñas* toma las maliciosas miradas de los vecinos por el curioso reconocimiento de sus bellas proporciones y la muda admiración de su privilegiada suerte. Es el hombre-escrúpulo: esclavo irresoluto del *qué dirán*. Reunidos estos amigos entre sí, forman un corrillo mugeriego y enredador: al pasar algún vecino por delante de ellos lo abruma con sus gestos, sus codeos insinuantes, sus reticencias y sus palabras al oído. Cualquiera creerá que se burlan, pero ni aun consiguen reírse: su conversacion es como la baba de los caracoles: señala su paso y esplica su pesadez. *Pero Grullo* es su director espiritual y temporal, su maestro, su oráculo. Lo que dice *Pero Grullo* lo repiten los otros, y, lo que es peor, lo repiten mal. Los vecinos ya llaman á sus agudezas y travesuras... *perogrulladas*. El inquilino que mas los zumba y aburre es *Villadiego* con sus chillidos y piruetas, sin que puedan alcanzarlo, aunque se apostaron repetidas veces en los rincones de la casa.

— Será el diablo-cojuelo del barrio.

— ¡Oh, no!... es el pillastre de la vecindad. Es proteo. Hoy parece un joven juicioso en la habitación de *Calainos*; mañana llega al cuarto de la *tía Candonga* como un muchacho travieso y voluntarioso. Es á la vez astrónomo, poeta, abogado, médico, ingeniero de minas, literato, prestidigitador, albeitar... todo lo que sea la persona con quien habla. A cada persona le dice su profesion; á cada inquilino le revela las debilidades de su vecino. Galantea á la una, requiebra á la otra, dá palabra de casamiento á ésta, desprecia á aquella: ya es D. Juan Tenorio; ya es el lindo D. Diego. Desafía y no parece; cita y no viene. Vá á sorprendersele y escapa; parece que volverá mañana á la misma hora que hoy, y no sale de casa. Su aparición y desaparición es proverbial entre la vecindad; de suerte que cuando uno marcha antes de tiempo ó no viene á la hora señalada, dice *que tomó las de Villadiego*.

Seguimos por el corredor del piso principal, y llegó á nuestros oídos una confusa gritería que debía salir de la última habitación de la casa.

— Es la tertulia de confianza del *tío Peranzules*, dijo nuestro acompañante al comprender nuestra muda interrogación.—Enfrente vive la mala lengua de la casa: la *tía Candonga*.

— Mala compañía para vecinos pacíficos.

— Y sobre todo para la tertulia donde se reúnen el *tío Peranzules*, su muger la *tía Marizápalos*, sus hijos *Mariquita la Pelona* y *Perico*

el de los *Palotes* y el compuesto y afeminado *Periquito entre ellas*.

— Jugarán á la lotería antigua.

— Hablan, ó mejor sea dicho, charlan. Unicamente el día de cumpleaños ó del patron de la parroquia bailan unas boleras después de ir de campo á la pradera del canal. El *tío Peranzules* es el hombre pundonoroso, reservado cuando no le importa y charlatan cuando no le viene á cuento. La mejor alhaja de su cuarto es un grande espejo con el que consulta sus gestos y movimiento. La vecindad le califica por esta circunstancia de... *muy mirado* en sus acciones. Para su familia es el tipo de la honradez, pero los inquilinos le llaman un infeliz, un santo varón. No es el amo de la casa; allí cambia de sexo la cabeza doméstica; el marido es la muger. La *tía Marizápalos* es hacendosa, uraña, cuentera, quisquillosa, lleva y trae, rezadora en los días feriados y murmuradora en las noches de labor. Su hija, *Mariquita la Pelona*, es el correve-dile de la vecindad: empieza por ser envidiosa y casquivana; y segura de que su padre no la reprenderá, dominado por el carácter gruñón y descontentadizo de su muger, hace burla de los viejos y se familiariza con los jóvenes. La *tía Marizápalos* ve por los ojos de su hija; la consiente que alborote la casa, que amenace á su padre por detrás, que vaya mal acompañada á los lavaderos de la Virgen del Puerto... es la chiquilla desvergonzada que la espera mas tarde un puesto de fósforos en la plaza de Lavapiés, ó un cesto de naranjas cerca de san Juan de Dios. Su hermano *Perico de los Palotes* es el gracioso de su familia; perezoso, indolente, dominguero: toca por cifra la guitarra y juega á la barra en el portillo de Embajadores. No tiene oficio: pasea. Los vecinos le llaman un *acero*. Es un misto de pretendiente y observador. Anda: hé aquí su oficio. Asiste á las paradas militares: hé aquí sus hechos de armas. Lee los carteles de toros: hé aquí sus estudios. Silva por los corredores: hé aquí su educación. Dice siempre que va de prisa por la calle, y se detiene en las tiendas de blondas, en las lonjas de géneros ultramarinos, en los almacenes de cristales, en los pasajes, en las afueras de Madrid, é insensiblemente vuelve á su casa, después de describir repetidas espirales por las manzanas de la coronada villa.—Ahí sale *Periquito entre ellas* que va á la habitación de la *tía Candonga*. Este inquilino es el hombre-neutro: no tiene sexo. Borda, escribe, canta, lee, cose zapatos, baila, revuelve un guisado, lava un jabón, se afeita el bigote y deja crecer las patillas, se viste de muger por el Carnaval y acompaña sin guardian á las muchachas del barrio. Es ave que nunca lleva en el pico alguna rama para su nido. Ni pesca, ni caza, ni arma: las mugeres de mundo le llaman un *espantajo*; las jóvenes le toman por una *pantalla*. Se sospecha que sea hombre; solo se sospecha de su sexo. En cambio la *tía Candonga* es un huracán: viva como la centella y ruidosa como la pólvora comprimida. No habla, grita;—es poco—vocifera. Pone sobrenombres á los vecinos, se brinda á ocultaciones maliciosas, seduce á los incautos, insulta á los pacíficos y rechaza á los prudentes. Vive con el barullo y el escándalo. Busca las ocasiones donde puede herir de nuevo á sus vecinos, y con los brazos en jarras espera para salir de su cuarto que rechine la cerradura de la habitación del *tío Peranzules*, le mira de reojo y cantando con aire malicioso deja entornada su puerta para observar la desazon de su enemigo.

El interés y la curiosidad crecían en nuestra fantasía al escuchar la relación de nuestro *Cicerone*, y nos resolvíamos á seguir por un estrecho corredor que desembocaba al lado del cuarto del *Tonto de Coria*, el pupilo sin voluntad del desalmado *Cribas*, cuando la luz de un farol reflejó en la pared de enfrente la sombra agigantada de un personaje desconocido.

— Retiraos—esclamó nuestro acompañante—porque si os reconocen, sois perdidos. De seguro os mantearia *Pedro Botero*, el cual siempre está de semana voluntariamente para registrar la casa.... Deseaba hablaros de la *tía Pendanga*, del *tío Lilaita*, de.... pero corre de mi cuenta el volver á buscaros.

— No acertaremos á salir... guiadnos.

— Enhorabuena... Mañana, pasado mañana os encontraré en el cementerio, en la iglesia, en los toros, en palacio, en las córtes, en el prado, en el café, en vuestra redacción... en vuestra misma casa si os place.

— La ignorais.

— Os seguiré desde la calle.

Y golpeando nuestras espaldas con humilde familiaridad nos acompañó hasta la puerta de la casa de *Tócame-Roque*.

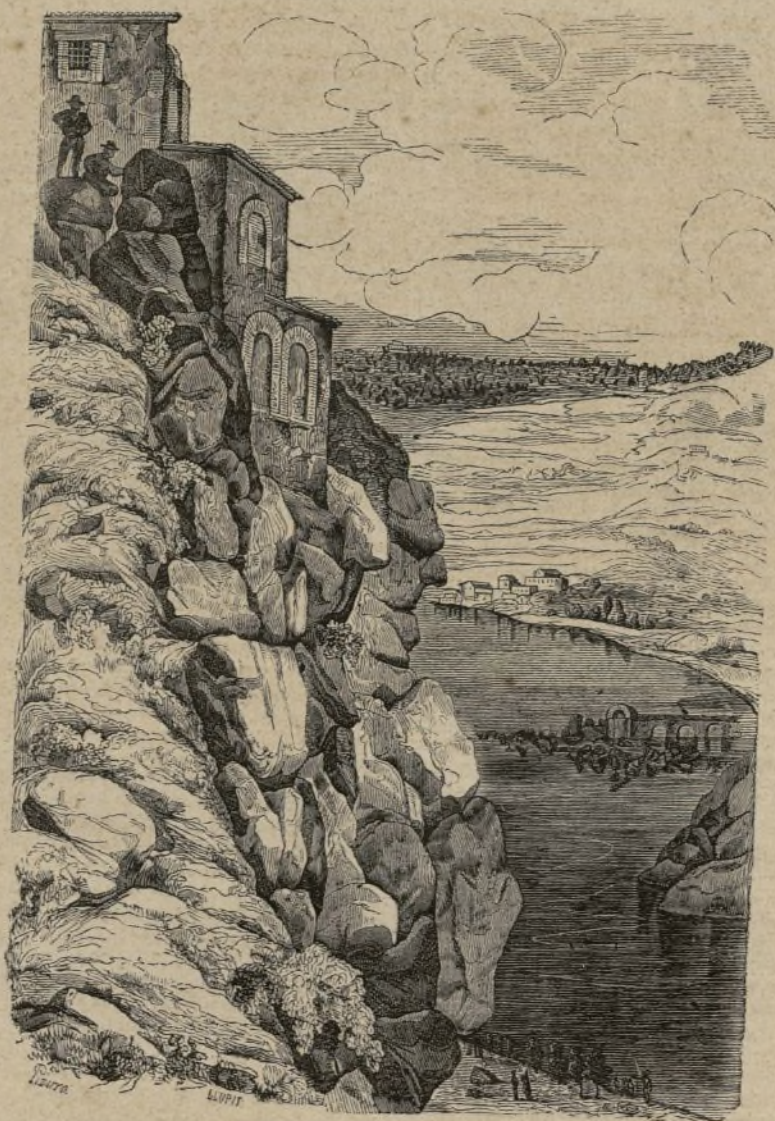
Respiramos el relente de la calle, y á la media hora ocupábamos una silla en el café Suizo, donde acudían los *dilettantes* cansados de aplaudir á la *Persiani* y á *Ronconi*, y los jóvenes elegantes que se preparaban para las *soirées* de buen tono. Por nuestra parte aun creíamos reconocer algunos inquilinos de la casa de *Tócame-Roque*.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago, mayo 4 de 1850.

(1) Año de J. C. 1520.





(Vista de la roca Tarpeya, Toledo.)

## ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### CUADRO SEGUNDO.

#### ¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Tratemos de resumir el espíritu de los dichos de cada uno: Mendoza quería esplicaciones sobre la oposicion de Sotopardo á su enlace con Matilde, cuando precisamente se le habia llamado para que lo facilitase; Sotopardo se contentaba con declarar que se oponia á tal matrimonio y que no habia de verificarse; Matilde, comprendiendo que un sentimiento de delicadeza no permitia á su nuevo amante revelar ni al novio ni á la madre los secretos de la reciente entrevista, abusaba de aquella generosidad, con respecto á Mendoza, desdenándose de darle satisfacciones, con respecto á su madre, tratándola como el fuerte al débil, sin misericordia; y Milagros, finalmente, que sin que nadie se lo dijera, sabia, como si lo hubiera visto, lo pasado

entre su hija y Sotopardo, procuraba escitar á este por todos los medios posibles á que de su reserva saliese.

En cuanto á los dos militares el término de su disputa era fácil de prever: empezada la discusion con violencia, pasó pronto á las frases duras, de estas á las irónicas provocaciones, y últimamente de boca de Mendoza salió un denuesto, á que replicó Sotopardo con un: «Me dará V. satisfaccion» que atajó el debate.

Pero Matilde no queria que le matasen á su amante y menos aun á su novio, y si el desafío se verificaba, probablemente se quedaba sin marido.

Milagros, que sabia tambien la superioridad de Don Carlos en las armas, temblaba que Mendoza sucumbiese, pues libre su hija, era claro que ella habia de perder el amante.

La hija y la madre acudieron, en consecuencia, á contener á los hombres que, tomando los sombreros, se encaminaban ya hácia la calle; pero al querer estorbar el combate acusáronse la una á la otra de haberlo provocado, y al defenderse de aquella acusacion se dijeron tales cosas que escandalizarán á un tambor de cuerpos francos.

Advirtamos, y es importantísimo, que seguras la una y la otra de disponer de Mendoza á su arbitrio siempre que se les antojara, las dos se encaminaron de preferencia y al mismo tiempo á Sotopardo para contenerle, y en tanto el novio, á quien la mostaza se le habia subido por completo á las narices, como vulgarmente se dice, salió exclamando:



—«Señor don Carlos, abajo espero.»

Con lo cual, como Bustos Tavera con el famoso «*afuera voy á esperalle,*» bajó cuatro á cuatro los escalones hasta dar consigo en la calle y respirar el aire libre de que no necesitaban poco sus agitados pulmones.

En tanto Milagros acusaba á Matilde de que no contenta con su novio, y con mas de una aventura sin consecuencia, perseguía hasta al amante de su madre; y su dignísima hija le replicaba, con una modestia encantadora, que con el ejemplo que se le daba desde que nació no podía ser otra cosa que lo que era; que no tenía nada de extraño que Sotopardo prefiriese la *jóven á la vieja*; y que, en fin, bien podía tolerársele á la *jóven* que tuviese *amante*, ademas de novio, cuando la *vieja* ademas de *amante* tenía un *fraile* con quien iba á confesarse casi todas las tardes, amen de las noches que el fraile iba á confesarla á ella.

Semejante conversacion, de suyo amena é instructiva, produjo en nuestro don Carlos el efecto que era natural atendidos su carácter y antecedentes: abriendo los ojos á la luz por completo, vió á la madre y á la hija en toda la horrible desnudez de su hedionda corrupcion. Diéronle asco primero, y luego acabó por divertirse en su riña, cual si asistiese á una de gallos ó á otros animales cualquiera.

Desde aquel momento, pues, hizo firme propósito de renunciar para siempre á todo trato con tales infames gentes, renovando la resolucion de impedir á toda costa el enlace de Matilde con Mendoza.

Sin despedirse, sin mirar siquiera á las dos viles criaturas, salió Sotopardo de aquella casa: en la puerta le esperaba Mondoza, que ciego de cólera, y cerrando los oídos á las esplicaciones, ya francas, benévolas, cordiales y hasta humildes — ¡fenómeno singular! — de su compañero, obstinose en medir con él las armas.

—«Mendoza, le dijo éste, es inútil que V. se canse: no me bato.

—Le insultaré á V. en público.

—No me bato.

—Le llamaré cobarde.

—Vive Dios! — Pero nó: no me bato.

—Le pondré á V. la mano en la cara.

—¡Miserable!

—Batámonos.

—No me bato.

—Pues entonces... exclamó el novio, levantando la mano y acercándosela al rostro á Sotopardo.

Ante tan cruel afrenta cedió la resolucion de nuestro don Carlos, y en el acto, perdida toda prudencia, tiró de la espada. No se hizo de rogar el otro que se abrasaba por batirse, y los hierros se cruzaron al punto.

La calle era escusada, y ya las nueve de la noche: dos ó tres personas que por allí pasaban, prudentes ó temerosas, apretaron el paso para evitar contingencias; y el combate además fué breve.

Mendoza siempre inferior á Sotopardo en el manejo de las armas, estaba ciego de ira; y á su enemigo le abrasaba todavía la cara con la amenaza sola del bofetón.

Al minuto, pues, don Carlos el bueno estaba desarmado y herido de una estocada en el brazo derecho por don Carlos el malo. Entonces el último, envainando su espada, y acudiendo á vendar la herida con su propio pañuelo, dijo á Mendoza:

—«Me ha obligado V. á batirme, y sin embargo siento lo que ha sucedido: mañana hablaremos despacio, que estaremos ambos mas sosegados. Entre tanto créame V. y levántese la tapa de los sesos antes de casarse con Matilde.

—¿Pero por qué, señor, por qué?

—Porque es una muger indigna de serlo de un caballero.

—Sotopardo, en curándome volveremos á batirnos y á muerte.

—Adios Mendoza, V. está loco.

Dichas esas palabras volvió Sotopardo la espalda y retiróse á su casa.

Apenas solas la madre y la hija, comprendiendo el riesgo inminente que corrían de perder el noviazgo de Mendoza, hombre por su candor y buena fé para ellas irreemplazable, cesaron, como de común acuerdo, en su riña; y abriendo el balcon de la sala pusieronse á él en observacion de lo que en la calle pasaba.

Ya hemos visto la brevedad del diálogo y lo rápido del combate de los dos capitanes; así que, si bien apenas les vieron tirar de las espadas, bajaron Milagros y Matilde las escaleras con gran celeridad, tratando de interponerse entre ellos, cuando á la calle llegaron ya el daño estaba hecho, y Mendoza herido, sobre celoso; acongojado sobre tonto, fué el único á quien hablar pudiera.

A la verdad él era allí el personaje importante; en cuanto al otro, la madre y la hija se decían, cada una para sí, se entiende: «hágase la boda, que despues él será mio.»

¡Haremos de esforzarnos mucho para persuadir al lector de que fácilmente se apoderaron aquellas dos infernales mugeres del ánimo

del herido? Mal habríamos desempeñado, muy mal, nuestro oficio de cronistas si así fuese.

Cuatro zalamerías de Matilde, otras tantas frases hipócritas de maternal interés en boca de Milagros, sobaron para que Mendoza se rindiese á discrecion, y se dejase llevar como un cordero al ara del sacrificio, esto es á la casa de las ninfas, de la cual desde entonces no volvió á salir hasta que fué marido de la encantadora doncella.

¿Cómo le esplicaron la escena que de presenciar acababa? — Muy fácilmente: Sotopardo con villano abuso de la confianza de Matilde, habia querido triunfar de su *virtud* aquella tarde, poniendo tal infamia por condicion precisa de su intervencion en favor de los novios, y declarando que si la *niña* no accedía á su mal deseo, él haría de modo que nunca con Mendoza se casara. Milagros que, como muger de mundo, tenía conocimiento, mas bien que sospecha de la pasion de D. Carlos por su hija, pasion que esta en su *inocencia*, no sospechaba siquiera, apenas supo por Mendoza mismo que Sotopardo estaba á solas con Matilde, receló cuanto pasaba, y de ahí la sorpresa, etc. etc.

Resultaba, pues, con evidencia probado: primeramente, la inocencia, el candor, la fidelidad de Matilde; en segundo lugar la cuerda prevision de su madre; en tercero la infamia del capitán Sotopardo; y finalmente que Mendoza, á pesar de su herida, era el hombre mas feliz de la tierra en haber hallado una esposa como Matilde, y una suegra como Milagros, tan tierna, tan solícita, que no vacilaba en sacrificar sus propios amores á los de su hija. Verdaderamente no es fácil reunir dos hembras de tan infernal condicion como lo eran aquellas harpías.

Todo se arregló, todo se convino la noche misma en que tuvieron lugar los últimamente referidos sucesos: mas aunque la real licencia estaba corriente, la vicaria necesitaba tiempo, siquiera una semana, para poner en regla á los contrayentes, y durante esa semana Sotopardo era hombre de remover cielo y tierra, de poner en juego irresistibles resortes para impedir aquel casamiento. Milagros, conociendo la actividad incansable, la tenacidad inflexible de su amante, temblaba, y con razon sobrada, que estorbaba la realizacion de aquella su esperanza suprema, porque, en efecto, salir de Matilde y casándola bien, era inmensa fortuna para la Gitana.

Confesámoslo en gloria suya: si algun resto de naturales y honrados sentimientos quedaba allá en las profundidades de su empedernido corazon, ese resto era para Sotopardo, su último y acaso su mas sincero amor, á que se agregaba la harto fundada prevision de que para ella no podían repetirse en lo sucesivo tales aventuras. Por tanto vaciló y mucho, pasando por crueles alternativas, antes de resolverse á sacrificar el sentimiento á la conveniencia: pero esta triunfó al cabo, como triunfar debia.

Matilde era su madre perfeccionada: es decir, una muger en quien la corrupcion aparecia como ingénita, y una muger que educada por otra de igual especie, y respirando desde su primer instante una atmósfera envenenada, solo de ponzoña vivía, pero tan natural y en la apariencia plácidamente, como el ave en el aire, como el pez en el agua. Dueña de los secretos de su madre, y de los de su padre, secretos de vergüenza, de infamia y aun de crimen, no se hubiera detenido un solo instante en usar y abusar de ellos para vengarse de Milagros, en el momento de recelar siquiera que por culpa ó omision de esta dejaba de realizarse un enlace á cuyo favor iba ella, bastarda y corrompida criatura, sin familia, sin posicion, sin nombre legítimo, y sin fortuna, á conquistar en solo un dia todo lo que le faltaba.

«Si yo, se decia Milagros, me viese en tal situacion, capaz seria hasta del asesinato. ¿Qué hará, pues, Matilde que es mucho peor que yo lo he sido nunca?»

A mayor abundamiento D. Fadrique ya viejo, pobre, proscrito, acababa de salvarse milagrosamente del cadalso, ó cuando menos del presidio, merced á la intervencion del *santo director espiritual* de aquella *santa familia*; y lejos de hallarse en estado de prestar proteccion á nadie, la necesitaba él no poco para sí mismo.

El fraile en cuestion habia sido guerrillero durante la guerra de la independencia en Andalucia: Milagros y su hija, niña entonces, viajando en cierta ocasion sin escolta desde Sevilla á Moron, cayeron en poder de la partida que el religioso acaudillaba, y como familia de *afrancesado*, parecia probable que fuesen duramente maltratadas á pesar de los fueros é inmunidades de su sexo. Las pasiones estaban tan exaltadas en aquella época, los ánimos tan enconados contra los *traidores* que al *intruso* servían, que los guerrilleros los trataban, cuando en sus manos caían, poco mas ó menos como los *israelitas* á los *cananeos*. Añádase que el *fraile* era conocido por su feroz exaltacion, y se comprenderá que Milagros se encontraba en inminente peligro.

Sin embargo, ni su serenidad, ni su buena estrella la abandonaron en tan critica ocasion: apenas en presencia del guerrillero, y sentenciada ya, por de pronto, á ser azotada *coram pópulo*, y sin



perjuicio de lo que ulteriormente pudiese de ella disponerse, la Gitana, con gran presencia de ánimo, solicitó que el fraile la oyese antes de la ejecución algunos instantes á solas, gracia que obtuvo, porque al presbítero-soldado no le habian parecido del todo mal sus bigotes.—La audiencia que debía ser de cinco minutos, duró dos horas, al cabo de las cuales, con asombro y no sin murmuración de aquellos que los franceses llamaban *Brigantes*, y los españoles *Patriotas* ó *Empecinados*, Milagros y su hija obtuvieron libertad completa, y fueron por el fraile mismo escoltadas casi hasta dar vista á las avanzadas del ejército invasor.

En concepto de sus soldados dejóse el fraile seducir por los encantos de aquella Armida, y hasta cierto punto acertaron: pero es justo añadir que por el placer no olvidó el cabecilla los intereses de los suyos, ni menos los de la causa que defendía. Milagros se hizo manceba, pero además espía del guerrillero, doble oficio con el cual ganó algun dinero por entonces, preparándose un protector para los dias aciagos de la derrota.

En efecto, á la vuelta del rey Fernando VII á España encapillóse el fraile de nuevo la cogulla, y desplegando contra los liberales y *Fragmasones* el mismo celo, ferocidad tanta, como contra los franceses y sus partidarios desplegará durante la guerra, obtuvo, amen de un puesto importante en su orden, gran favor con el monarca. Gracias á esa posición, y á la consecuencia que siempre guardó á Milagros, cuando ésta con D. Fadrique y Matilde llegaron á Madrid, á pesar de la proscripción que sobre el ex-magistrado pesaba, y fueron presos, no solo por el juego, sino porque contra Vargas aparecian indicios de mezclarse en tramas políticas, consiguió el fraile, y acaso él solo pudiera conseguirlo, que se limitase el rigor del gobierno á estrañar del reino al culpable, dejándose en completa libertad á su familia.

De tales antecedentes, y de la habitual frailuna parsimonia, se desprende que si, el tal religioso era un protector necesario, importante, y á mayor abundamiento temible; por lo respectivo al dinero poco ó nada podía Milagros prometerse de él, y mucho menos exigirle. Los frailes todo lo querian y tomaban como de limosna.

Mas, mucho mas, podía esperarse de la buena indole de Mendoza, y por lo tanto, tan interesada estaba Milagros, si no mas que Matilde, en que el matrimonio se realizase; porque la vejez se le acercaba á pasos agigantados, y con ella la miseria mas espantosa.

En virtud de tales consideraciones, y si bien reservándose la esperanza para lo futuro de enredar de nuevo en sus lazos á Sotopardo, resolvióse la Gitana á obrar contra él, al menos en lo indispensable para que á sus planes no estorbare; y tan buena maña se dió, que con el auxilio del fraile, á quien pintó las cosas como á su propósito cuadraba, logró que al tercer dia despues de la escena que hemos referido, saliese D. Carlos para el castillo de las Peñas de San Pedro, acompañado por un ayudante de plaza para seguridad mas completa.

(Continuad.)

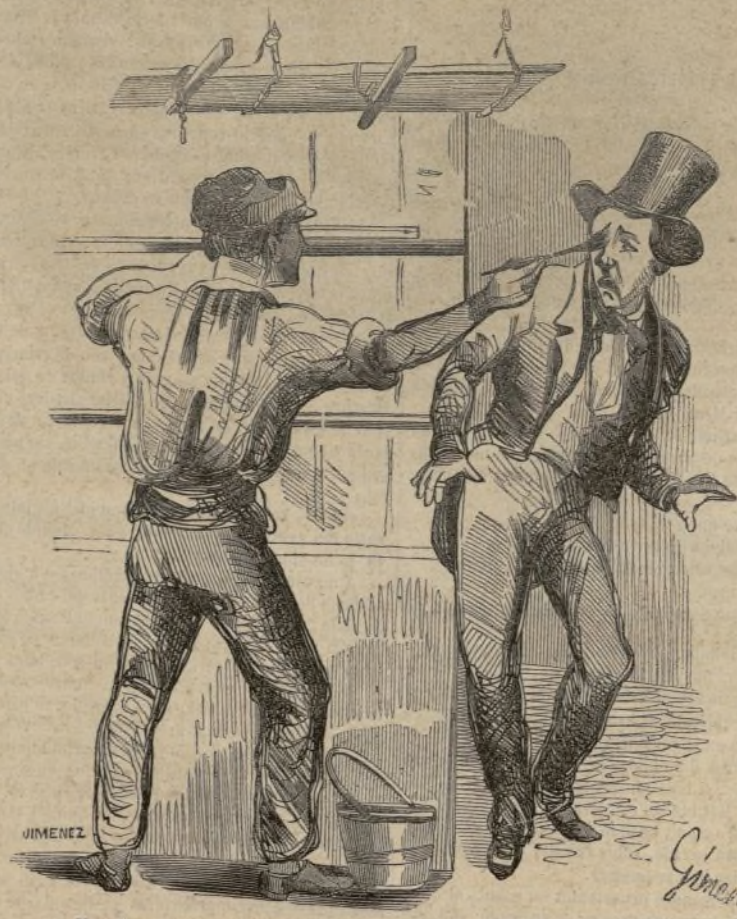
PATRICIO DE LA ESCOSURA.

#### UNA LECCION DE ORTOGRAFIA.

Despues de la primera representacion del *Orestes*, de Voltaire, una celebridad femenina de Francia le mandó una carta de cuatro páginas conteniendo criticas sobre su obra. El célebre escritor se contentó con responderla estas pocas palabras: «Señora, no se escribe *Orestes* con h.»

## PELIGROS DE MADRID.

REVOQUE DE LAS FACHADAS.



Una linea tirada con garbo y desenvoltura á la vuelta de una esquina.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra